6. Y por esto me conozco y condeno á mí mismo; y envuelto en polvo y ceniza, me duelo amargamente de haberos en alguna manera ofendido.

7. Mas despues que el Señor acabó de decir á Job estas palabras, habló á Eliphàz Themanites de esta manera: Me he encolerizado contra tí, y tus dos amigos, porque no habeis hablado conforme á verdad y justicia, como Job mi siervo.

8. Tomad pues siete toros y siete carneros, id á mi siervo Job, y ofrecédmelos en holocausto: que Job intercederá y hará oracion por vosotros: yo escucharé y recibiré favorablemente su oracion, y os será perdonado lo que habeis hablado necia é imprudentemente, y no segun verdad y rectitud, como mi siervo Job.

9. Obedecieron pues Eliphàz Themanita, y Baldád Suhita, y Sophár Naamathita, y hicieron puntualmente lo que el Señor les habia mandado, y el Señor se aplacó con ellos por respeto á Job.

10. El Señor se compadeció tambien del estado en que se hallaba Job, al mismo tiempo que este hacia oracion por sus amigos, y volvióle doblados los bienes, que antes poseia.

11. Y vinieron á visitarle todos sus deudos y conocidos, y comieron con él en su casa: diéronle muestras de su compasion y sentimiento; le consolaron de todas las tribulaciones, que el Señor le habia enviado, y le hizo presente cada uno de ellos de una escogida oveja, y de un zarcillo de oro.

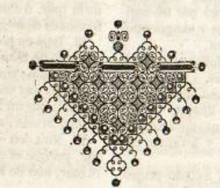
12. Y el Señor bendijo á Job en su último estado mucho mas aun, que en el primero; porque poseyó catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes, y mil borricas.

13. Y asimismo le nacieron siete hijos y tres hijas.

14. De las cuales á la primera puso el nombre de Dia, á la segunda Casia, y á la tercera Cornustibia.

15. Y no hubo en toda la tierra mujeres, que se pudieran comparar con las hijas de Job en hermosura, y su padre les dió parte en la herencia, como á sus hermanos.

16. Y vivió Job despues de esta prueba ciento y cuarenta años: vió sus hijos y nietos hasta la cuarta generacion: y por último, lleno de dias, y en edad muy avanzada acabó su carrera.



ADVERTENCIA

SOBRE EL LIBRO DE LOS SALMOS.

Entre otras muchas y admirables materias, que ya desde el tiempo de Moysés dictó antiguamente el Espíritu Santo á sus profetas, fueron muy señaladas las que se contienen en los Cánticos espirituales, de los cuales se leen muchos esparcidos por todo el cuerpo de las sagradas Escrituras. Mas á quien entre todos privilegió, y enriqueció Dios en esta parte, comunicándole al mismo tiempo una perfecta inteligencia en la música, é inspirándole que estableciese y arreglase su uso público entre los fieles, fué á David. Este santo rey, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido del Señor, destinó un grande número de Levitas para el oficio de cantores y músicos sagrados, que repartió en diversas clases, nombrando para cada una de ellas uno de los mas sobresalientes en el arte, el cual fuese como un director ó maestro de capilla. David entregaba á este los cantares ó Salmos que componia, para que puestos en música, se cantasen primero en el tabernáculo, despues en el templo á las horas de los sacrificios, tanto cotidianos como solemnes, en los sábados, y en las fiestas principales, haciendo que el canto fuese acompañado de variedad de instrumentos músicos, que él mismo tambien inventó. Todas estas sagradas canciones, despues de haber sido bien reconocidas, y que se verificó ser de inspiracion divina, fueron recogidas en un cuerpo, y conservadas por los sacerdotes, y se cree que Esdras las señaló y distinguió con el nombre hebréo de ספר תהלים ***Sepher Tehellím***, en terminacion masculina anómala, de que usan los Rabinos en lugar de la femenina תהלות ***Tehillóth***, que se lee en la Biblia, y que significa ***Libro de las alabanzas;*** porque su principal objeto y uso era el de alabar, ensalzar, y glorificar al supremo Hacedor de todas las cosas.

Los Griegos lo nombraron *Salterio*, tomándolo del verbo ψάλλειν, que significa tañer instrumentos de cantar alabanzas á Dios, mas bien que de otras cosas; porque David acompañaba frecuentemente el canto de estos divinos himnos con el ***nebel*** ó ***nablo***, que corresponde á nuestra arpa, y no al instrumento que conocemos con el nombre de *Salterio*, y que se llamó tambien ***decacordo***, por constar de diez cuerdas, en atencion, como sienten los santos Padres, á los diez divinos mandamientos, de los que David hace memoria muchas veces en estos Salmos. Y así podemos interpretar muy bien este nombre: ***El instrumento de los cantares de David: ó los cantares del instrumento de David.*** Dicho nombre de ***Salterio*** fué adoptado por la Iglesia latina, y en ella se ha conservado religiosamente; bien que algunos de los Padres antiguos latinos le dan el de ***Soliloquios de David***, como que el santo Profeta habla solo en ellos de Dios, de su ley, y mandamientos; ó como que de solo el Espíritu Santo vino lo que David profetizó en los Salmos. Porque los otros profetas, unas veces lo hicieron por visiones, y otras por sueños que Dios les mostró, y profetizaban á provincias, ó á naciones, ó á ciudades; mas David solamente de Dios, y de su ley, y del ***pecador***, y del ***justo***, significando bajo el nombre de ***pecador*** á Adám, por cuyo pecado incurrió en pena de muerte eterna todo el linaje de los hombres: y bajo el nombre de ***justo*** á Jesucristo, que habia de venir al mundo, y nacer de una madre virgen, para salvar y reparar lo que Adám habia corrompido y perdido. Y por esta razon Adám en las santas Escrituras se nombra el ***viejo Adám***, y Jesucristo el ***nuevo Adám***. En la version syriaca se comprenden bajo este título: ***Libro de los Salmos de David rey, y profeta.***

Por lo que mira á la distribucion de los Salmos se debe notar, que el Salterio se llama ***Pentateuco***, del mismo modo que la Ley de Moysés, por estar repartido en cinco Libros. El primero consta de cuarenta y un salmos, el segundo de treinta y uno, el tercero de diez y siete, el cuarto de otros

diez y siete, y el quinto de cuarenta y cuatro. Y de esta manera se halla dividido en las versiones syríaca y árabe, y por el rabino David *Kinki*. Eusebio *in Psalm.* XL dice, que esta division se hallaba en el original hebréo, y en los ejemplares griegos de mejor nota. Y san Ambrosio la defiende contra los que la rechazaban. San Hilario, san Jerónimo, y san Agustin admiten la division de los Salmos en cinco partes, pero bajo de un mismo Libro, siguiendo la autoridad de los Hebréos y de los Apóstoles, los cuales los citan segun su número, como *Actor.* XIII, 33, y siempre lo nombran el *Libro de los Salmos:* de lo que se infiere, que solo es un Libro dividido en cinco partes. El fundamento que ha habido para repartirlo de esta manera, como observó san Agustin *in Psalm.* XL, es porque se halla al fin de estos Libros repetida otras tantas veces la cláusula *fiat, fiat*, ó *amen, amen;* y en la realidad así se verifica en los tres primeros; pero al fin del cuarto se lee *amen, hallelu-iah*, ó segun leyeron los LXX, *amen, amen*, dejando el *hallelu-iah* para el principio del Salmo que sigue: y el quinto solamente *hallelu-iah*, que es una fórmula de alabar á Dios, que se lee igualmente al principio y al fin de otros muchos salmos. Algunos dicen que de esta especie de elogio, con que se termina cada Libro, tomó la Iglesia la costumbre, de hacer que se repitiese el *Gloria Patri* al fin de cada salmo.

Se nota tambien variedad en cuanto á su número. Los códices auténticos cuentan ciento y cincuenta; pero los LXX, el Syríaco, y el Árabe ciento cincuenta y uno. El último que añaden los Griegos, como compuesto por David despues de haber quitado la vida á Goliáth, nunca ha sido recibido como canónico. Otros los reducen á ciento cuarenta y nueve, otros á ciento cuarenta y siete, y otros los cuentan de otros modos. Débese tambien advertir, que los *Salmos* IX y X, que en el Hebréo, Caldéo, y Syriaco están separados, en el Griego y Latino se leen unidos; y por esto difieren los números desde el *salmo* X, de manera que el que en el Hebreo es el XI, en el Griego y en el Latino es el X, y de esta manera se va continuando hasta el *Salmo* CXLVII, que estos últimos dividen en dos; conviene á saber, el CXLVI, desde el *v.* 1 hasta el 12, y el CXLVII, desde el *v.* 12 hasta el fin, quedando de este modo entero y completo el número de CL. Todo lo cual hemos querido tocar por encima, antes de pasar á tratar del autor de los Salmos.

Por lo que mira al principal, que fué el que los inspiró y dictó, ninguno puede dudar haber sido el Espíritu Santo II *Reg.* XXIII, 1. *Matth.* XXII, 43. *Actor.* II, 25, etc. Y el mismo Jesucristo *Luc.* XXIV, 44, dividió toda la Escritura en Ley, Profetas, y Salmos. Por lo que en ningun tiempo se ha dudado en la Iglesia de la autenticidad de este Libro. Pero por lo que hace al escritor, de quien se sirvió como de instrumento para comunicarnos las verdades, que en ellos se contienen; unos los atribuyen todos á solo David, y otros opinan diversamente. La comun tradicion antigua está á favor de David, por el cual están tambien san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustin, Theodoreto, Euthymio, Philastrio y otros muchos; bien que aun entre los antiguos no faltan algunos de no menor autoridad, como son san Isidoro, san Hilario, Eusebio de Cesarea, y san Jerónimo, que son de contrario parecer. De los intérpretes modernos, la mayor parte de ellos se inclina á creer, que el salterio es una coleccion de composiciones de diversos autores: y entre estos Intérpretes, uno [1] concluye, diciendo: « que es indubitable que David es el autor de la mayor parte de » los Salmos, aunque se trate en ellos de cosas muy distantes de su edad: Que es incierto, si es au- » tor de todos; pero que así como no puede atribuirse á los escritores de los tiempos bajos, ni aun » el salmo que parece de menor nota; así tambien es muy verisimil, que además de los salmos » de David, se hallen en el Salterio composiciones de escritores ó mas antiguos que él, ó com- » temporáneos suyos, ó que vivieron despues de él hasta el tiempo de Isaías; pero no mas ade- » lante, cuando se habia comenzado á perder ya la pureza y elegancia del antiguo idioma. Últi- » mamente, que admitiéndose este modo de pensar como él cree que debe admitirse, la mayor » parte de los Salmos, sin entrar en este número los que sin controversia son de David, se deberá » atribuir á Salomón. » Hasta aquí el citado autor.

Debiera yo ahora, para satisfacer á mis lectores, poner en este lugar las razones que se alegan por uno y otro partido, y que aunque son de gravísimo peso, parece que inclinan la balanza hácia el segundo: pero estas se pueden ver en la mayor parte de los expositores, que han tratado de propósito esta materia; sobre la que en vista de la autoridad de los grandes santos, y doctísimos obispos, que son de sentimientos contrarios entre sí, parece mas acertado y prudente no resolver, ni decidir nada acerca de ella, sino cerrarla con las palabras de Theodoreto [2]: *¿Qué me importa*

1 Mathei en la Disertacion sobre el autor de los Psalmos.

2 In Præfat. ad Psalterium.

que sean de David todos, ó solo algunos, cuando está averiguado que todos fueron escritos por inspiracion del Espíritu Santo? Y con otras al mismo propósito del grande papa san Gregorio [1]: *Cùm rem cognoscimus, qui scriptorem quærimus, quid aliud agimus, nisi legentes litteras, de calamo satagimus?*

Por lo cual pasando ahora á tratar de los *títulos*, ó inscripciones de los Salmos, debemos advertir ante todas cosas, que segun el sentimiento de los Padres antiguos, estos son de autoridad canónica y divina; y en este número entran indubitablemente los que se hallan, y se han hallado siempre en el texto hebréo, como reconocidos por todas las versiones mas célebres. Pero hay otros, que no se leen en el texto, y es de creer que jamás se leyeron en él, porque frecuentemente no se hallan en las versiones antiguas, ni son reconocidos por los Padres, y cuando se refieren, es con duda, y como de fe poco segura; y estos comunmente se cree, que no tienen autoridad canónica. Sobre lo cual puede verse á Calmet en su Disertacion sobre este argumento. Fuera de esto se deben tener presentes cuatro cosas en dichos títulos. Las personas, los tiempos, la naturaleza, la música.

Acerca de *las personas* hay que saber primeramente, quienes fueron los que escribieron los Salmos, de lo cual hemos hablado ya en los números antecedentes: en segundo lugar se ha de considerar el sugeto á quien miraban para su composicion, como el *Salmo* LXXI, que mira á Salomón: el CI, á toda persona afligida, etc., y últimamente se ha de entender á quienes fueron entregados, ó para qué fin. Esto en el Hebréo se insinua en general con la palabra למנצח *lamnatséach*, que se interpreta de diversos modos. Los LXX, εἰς τὸ τέλος, *in finem*; como si dijera לנצח *lenétsach;* esto es, himnos, que se deben cantar perpetuamente. Aquila y Theodocion τῷ νικοποιῷ, *al que da la victoria;* Simaco ἐπινίκιος, como si fuera un salmo *triunfal*; aunque por la mayor parte no conviene á esto la materia que se trata en él. Pero otros al parecer con mayor propiedad lo trasladan: *Al presidente del concierto músico*, ó al maestro de capilla; II *Paralip.* II, 2, 18; XXXIV, 13, porque נצח *natséach*, significa el que preside, ó dirige alguna obra. Los prefectos principales del canto fueron tres, nombrados por David, y son Hemán, Asáph, Ethán, que se llama tambien Idithún. Se leen tambien en los títulos notadas particularmente las personas á quienes debian entregarse. Y así se dice en ellos: *Al coro de Idithún*; *á los descendientes de Coré*; *á Asáph*, y á sus descendientes.

Por lo que pertenece *á los tiempos*, se debe observar en qué tiempo, ó con qué ocasion fueron escritos ó compuestos; lo cual se halla declarado en aquellos solamente en que se expresa el nombre de David, como se puede reconocer en sus respectivos lugares: ó en qué sazon ú hora se dice que debian cantarse, como el *Salmo* XXI, *á la primera aurora*, ó al rayar del alba: el *Salmo* XCI, *el dia de sábado*: el CI, *en tiempo de afliccion*, ó calamidad, etc. *La naturaleza*, ó condicion de los Salmos comprende *su calidad ó excelencia*; y así unos se llaman מכתם *michtám*, ó de oro: otros de *grados*, ó de *excelencias*; esto es, muy excelentes; al modo que en el I *de los Paralipómenos* XVII, 17, se dice *hombre ilustre*, ó *excelente*, el que es de mucha consideracion. Comprende asimismo *la materia*, que en ellos se trata; y en atencion á esta los dividió san Athanasio en *enarratorios*, ó históricos: *admonitorios*, ó que sirven para corregir é instruir: *proféticos*, que miran los sucesos venideros: *precatorios*, ó de orar, para implorar el favor divino: *eucarísticos*, de accion de gracias, ó de alabanzas: y *mixtos*, en que se entretegen, y mezclan todas estas cosas.

Últimamente viniendo á la cuarta parte, que es la *música*, se debe advertir ante todas cosas, que apenas se tiene noticia de la que se usaba entre los antiguos Hebréos, porque ya hace muchos siglos que comenzó á descaecer, y enteramente llegó á faltar. Convienen todos en que los Salmos fueron compuestos en verso, y en verso propio y acomodado para cantar, como es el que los Griegos llamaron lírico; pero no se sabe qué especie de versos fueron. Josepho en sus *Antigüedades, lib.* VII, *c.* 10, afirma que eran de varias medidas, y así unos serian *trimetros*, otros *pentámetros*, etc. La música, pues, y el modo de acompañar con ella el canto de los Salmos, se insinua en los mismos títulos. Algunos de ellos estaban destinados, para que solamente se cantasen, y por esto son llamados שירים *scirim*, cánticos: otros, para que el canto fuese acompañado con instrumentos músicos, y se decian מזמורים *mizmorim*, salmos; *Colos.* III, 16, los cuales son en mucho mayor número. Cuando se daba principio al salmo por el canto, y despues se seguian los

1 De Libro Job.

instrumentos, se notaba en el título con las palabras שיר מזמור *scir mizmór, oda,* ó cántico de salmo: y con estas otras *mizmór scir,* cuando al contrario se daba principio por los instrumentos, y luego se seguia el canto. Los instrumentos músicos, á mas de los timbales y campanillas, eran de dos especies, de viento unos, y otros de cuerdas: los nombres hebréos con que se señalan, han dado mucho que discurrir, y que escribir á los Intérpretes, los cuales los explican con mucha variedad, resultando de todo muy escasas luces para llegar á su perfecto conocimiento, y mucho mas si se quieren acomodar á los que se usan, y conocemos en el dia. Todo ello es muy incierto, y su noticia es lo que menos nos importa.

Por lo que mira á la música *particular*, ó al modo de cantar los Salmos, esto se hacia por lo comun *alternativamente*. Asimismo se señalaban los tonos, como el agudo ó tiple, con la palabra על־עלמות *nghal-nghalamôth, voces de doncellas*: el grave con שמינית *sceminith, bajo*: el *mediano*, ó contratenor, con על־מות לבן *hal-múth labben*: y todos juntos שגיון *scigaion*, como si dijéramos *cancion errante, ó todo el coro*. Todo esto como dejo ya advertido, es muy incierto, pues unas mismas palabras hebréas se interpretan, y acomodan de otros mil diversos modos; de manera que se puede decir con verdad, que lo mas obscuro y difícil de los Salmos son sus títulos; y esta dificultad crece si se coteja la diversidad con que se leen en el Hebréo, y en los LXX, y en la Vulgata. Yo no obstante por dar alguna luz á los lectores, he querido recoger estas noticias, que se hallan esparcidas en varios escritores, y comunicárselas muy por encima, y con la mayor brevedad, remitiéndolos, si quieren entretener el tiempo, á los que muy largamente, y de propósito han apurado cuanto hay que apurar en ellas, y señaladamente á las doctas Disertaciones del Padre Calmet, y del Sr. abbate de Vence; porque considerando yo, que todo ello es lo menos útil y menos conducente para el fin que me he propuesto en mi version, he tenido por mas conveniente reducir esta advertencia á otros puntos, que me parecen de mayor entidad, y que exigen toda la atencion de los lectores.

En consideracion de esto mismo debiera extenderme ahora largamente haciendo ver la excelencia de los Salmos, y por ella demostrar no solo la utilidad, sino aun la necesidad, que tienen todos los cristianos de leerlos y meditarlos continuamente. Pero como esto lo han hecho cuantos han escrito sobre ellos, y señaladamente los primeros Padres y Doctores de la Iglesia Griega y Latina; me contentaré con exponer aquí lo que dijo por todos el grande doctor san Ambrosio: «Cuanto se enseña en la ley, dice este Padre[1], cuanto leemos en la historia, cuanto anuncian » los profetas, y cuantas instrucciones, avisos y correcciones se hallan en la moral; otro tanto » se encuentra en los Salmos. Por esta razon cuando los leo, registro en ellos todos los miste- » rios de nuestra sagrada religion, y todo lo que vaticinaron los profetas: veo y reconozco la » gracia de las revelaciones, los testimonios de la resurreccion de Jesucristo, los apremios y cas- » tigos de la otra vida: aprendo á confundirme y avergonzarme de mis pecados, y á detestarlos » y evitarlos enteramente. El ejemplo de un rey y profeta tan grande me sirve de modelo para » que procure arrepentirme muy de corazon de todos ellos, llorarlos con amargas lágrimas, y » precaverme en adelante para no volver á cometerlos.»

En vista de estas expresiones, ¿quién desde luego no ve la necesidad, que tenemos todos de dar á nuestras almas un pasto continuo con la meditacion de los Salmos, así como no nos olvidamos de dar al cuerpo su alimento y pan de cada dia? Porque si las experiencias cotidianas nos hacen conocer y confesar, que son infinitos los peligros, que por todos lados nos cercan, y que á cada paso tropezamos y caemos; ¿qué cristiano habrá, que pueda dudar de la obligacion, que tiene de echar continuamente mano de este divino Libro, para que le sirva como de antorcha, con que pueda encaminar sus pasos entre las densas tinieblas sin tropiezos ni caidas? Y si en nuestra condicion y miseria es inevitable dejar de recibir muchas heridas mortales sin una particular gracia de Dios, que ordinariamente no se comunica, sino á los que ponen los medios para lograrla: ¿quién desechará una medicina segura para curarse, y sanar de las ya recibidas, y un antídoto y preservativo eficaz para precaverse y guardarse de recibir otras nuevas?

De esta constante verdad no quiero citar por testigos sino á todos aquellos, que con humildad y sinceridad de corazon quieran hacer en sí mismos la prueba. El que se vea atribulado en tristeza, y en una palabra, en cualquiera necesidad, así del ama como del cuerpo, busque como debe el alivio, remedio y consuelo en la meditacion atenta de los Salmos, y esté cierto, que in-

[1] S. Ambros. Pref. sobre los Psalm

faliblemente la hallará. Cuando digo, que ha de hacer esta prueba con humildad y sinceridad de corazon, quiero daré á entender, que acudiendo primeramente á Dios, postrándose en su presencia, y detestando todos sus pecados, debe implorar su misericordia, su luz y socorro, y lleno de una humilde confianza ponerse á leer y meditar con la mayor atencion aquel Salmo, ó Salmos que convienen al estado en que se hallare, pues para todos los hay muy propios; y con esto verá los efectos admirables, que luego experimenta. Por todas estas razones quiere, y ha querido siempre la Iglesia nuestra madre, que estén todos los dias en boca de sus ministros, y ha deseado que lo estén tambien grabados en el corazon de cada uno de los cristianos. Este ha sido su espíritu desde su primer establecimiento: y esto mismo nos persuade el grande uso, que en sus primeros felices siglos hacia de ellos el comun de los fieles, y despues todos los que mas se han señalado en piedad, devocion y temor filial de Dios, aprendiéndolos de memoria, y cantándolos frecuentemente en las iglesias, en sus casas, en sus peregrinaciones, y casi en todas las acciones de la vida. Por esta misma causa tiene tambien señalados, los que nos pueden servir para que acudamos á Dios en las calamidades públicas ó particulares, para que le pidamos misericordia y perdon de nuestros pecados, y para otras circunstancias y tiempos en que necesitemos de su favor.

Seria muy de desear, que conformándonos todos con el verdadero espíritu é intencion de la Iglesia, procurase cada uno por sí mismo renovar el antiguo fervor de los primeros cristianos, y haciendo uso de los que la misma Iglesia tiene destinados para varios tiempos y circunstancias, los prefiriese á otras oraciones: las que aunque buenas y devotas, no tienen este privilegio, y por consiguiente la virtud, eficacia y uncion, que se encierra en las que el Señor inspiró inmediatamente, y quiso que estuviesen en la boca de todos sus fieles, enseñándoles el modo con que habian de acudir á él en todos los trances de la vida. Además de esto seria tambien muy de desear, que cada uno segun le dictara su devocion, escogiese entre los Salmos aquellos, que mas conviniesen á su estado, y á todo lo que hubiese de manejar con el fin y deseo de acertar en todo, y de dirigir todas sus acciones únicamente á saber agradar á Dios con ellas, y con su socorro, luz y guia cumplir con la mayor perfeccion su divina voluntad. ¡Cuántos y cuán maravillosos efectos se verian luego en el pueblo cristiano! ¡cuánta reforma en las costumbres! ¡cuánto cuidado en los padres, para educar bien sus hijos! ¡cuánta obediencia y respeto de estos hácia sus padres! ¡cuánta fidelidad de los vasallos á sus príncipes! ¡cuánto amor de estos á sus vasallos! y finalmente ¡cuánta sobriedad en el saber y en el discurrir! ¡y cuánto ardor y deseo sincero de abrazar y seguir la doctrina saludable! ¡Entonces sí, que en sentido mas noble conoceríamos un siglo verdaderamente ilustrado!

Por esta consideracion, y movidos de un ardiente zelo por el bien de las almas, muchos hombres eminentes en santidad y doctrina han escogido este divino Libro de los Salmos, y le han publicado y explicado, valiéndose de cuantos medios son imaginables, para que pudiesen los fieles llegar á gustar la suavidad y dulzura, que en sí contiene, y gustándola sacasen para sus almas todo el espiritual fruto y aprovechamiento, que creian indefectible, si llegaban á leerlos, entenderlos y meditarlos con la atencion y piedad que corresponde. Viendo la grande dificultad y obscuridad, que en él se encierran, aunque sabian, que el Señor se comunica, como, cuando, y á quien quiere; esto no obstante quisieron facilitar á todos su inteligencia, considerando, que Dios aprueba los medios humanos, y se acomoda á ellos, y que prescindiendo de una particular divina ilustracion, con que privilegia á los que le parece, se halla mas proporcionado, para poder sacar mayor fruto, el que profiere sus palabras con inteligencia, que el que sin ella solamente las pronuncia con los labios. Por esto se aplicaron no solamente á darle trasladado casi en todas las lenguas vulgares, que se conocen en el orbe católico, sino tambien á ilustrarle con paráfrasis, exposiciones y notas, que declarasen el sentido; todo con el fin de que fuese mas útil.

Por estas mismas razones, y por otras que largamente quedan referidas en los prólogos generales de esta obra, entré yo en el pensamiento de dar trasladados en nuestro idioma todos los Libros de la Biblia. Y aunque en todo el discurso de la obra he andado siempre como peleando, digámoslo así, á brazo partido con continuas y gravísimas dificultades; pero cuando llegué á punto de traducir y exponer los Salmos de David, creí, y no sin razon, hallarlas tales, que quedaria sin poder pasar adelante, y sin saber qué camino seguir; mayormente cuando yo me habia propuesto dar una version, que juntando la fidelidad á la claridad, pudiese de algun modo llenar el deseo que tenia, de que todos con solo una atenta lectura los entendiesen. Confieso in-

genuamente, que muchas y muchas veces me ha sucedido emplear largas horas, y borrar no poco papel para la version literal de un solo versículo, y quedarme con los brazos cruzados, y sin saber por donde echar para dar su sentido. Creí, que era casi indispensable para conseguir mi fin, añadir á la version y notas una nueva paráfrasis, que trabajé, valiéndome de lo mucho que han trabajado los Expositores en esta manera de declarar las sagradas Escrituras: y dicha paráfrasis se da ahora á luz, como tambien la version, que del Hebréo hizo san Jerónimo: la cual sola, como de tal ingenio y autoridad, vale por mil comentarios, y es, á lo que entiendo, mucho mas clara, que la que ahora tenemos corregida por el mismo santo Doctor, de la cual, y no de la propia de él, es la paráfrasis que ponemos.

Hemos procurado, así en la version castellana, como en la paráfrasis, declarar constantemente el sentido de la Vulgata; pero sin dejar por eso el verdadero sentido de la lengua original, porque como dice, citando á Genebrardo, un excelente intérprete de toda la Biblia[1], apenas hay algun lugar en todos los Salmos, en que el sentido de los LXX no corresponda al del original hebréo; y que esta fué la causa que movió al cardenal Belarmino á publicar su excelente obra sobre los Salmos, trabajando principalmente en ella por conciliar el Hebréo con la Vulgata, y haciendo ver, que cuando los LXX no se han ceñido á las palabras, han explicado su sentido de una manera muy elevada. Y por esto, continua el mismo, es insufrible la vanidad de algunos Intérpretes modernos, que imaginándose poseer mejor la lengua hebréa, y entrar mejor en el sentido de la Escritura, que los antiguos Intérpretes, que parece estuvieron llenos del Espíritu Santo, y que la Iglesia ha mirado siempre con veneracion, se atreven á publicar en su version correcciones y enmiendas; y no se aplican á comprender bien el sentido del texto, para poder hallar en él la conexion que tiene con el de la lengua original. Pretenden distinguirse, haciendo nuevas versiones, diferentes en todo de las que han hecho los sabios escritores de la antigüedád; en lugar de reconocer de buena fe la grande diferencia que hay entre ellos, y entre aquellos otros á quienes pretenden corregir. Porque aunque es verdad que se hallan en la version que los LXX hicieron de los otros Libros de la Escritura algunas variaciones, que pueden haber ocurrido, ó por la ignorancia de los copiantes, ó por el descuido de los pueblos poco adictos á la lectura de estos Libros; mas su traduccion sobre los Salmos parece haberse conservado mucho mas pura y mas exacta: tal vez porque estando este Libro entre las manos, y en la boca de los pueblos, que lo cantaban y leian sin cesar, estuvo menos expuesto á que en él se hiciese mutacion alguna. Y concluye últimamente, que en vano se trabaja muchas veces en hacer ver en los Salmos la diferencia, que hay de la Vulgata al Hebréo, puesto que frecuentemente, segun los mas sabios de entre los rabinos y nuevos Intérpretes, esta diferencia que hallan, nace de no conocer perfectamente la fuerza del sentido hebréo: y que deberian mas bien por la veneracion, que la Iglesia ha mostrado siempre á esta version de los LXX que los mismos Apóstoles citan en sus Actas y Epístolas, aplicarse con el mayor teson á profundizar y sondear el verdadero sentido de estos antiguos, que á mudarlo con tanta facilidad. El mismo camino que Belarmino, trilló el beato cardenal Joseph María Thomasi, cuya doctrina nos servirá de guia para nuestra exposicion en lo que trabajó sobre los Salmos.

Todas estas razones parece que insensible y naturalmente me han traido á tratar y examinar una nueva explicacion, que en verso italiano se ha publicado en estos últimos tiempos, y que generalmente ha llevado y arrebatado tras sí la admiracion y aplausos de casi todos aquellos, que la han leido. Confieso que á primera vista es capaz de arrebatar el ánimo de cualquier lector que admirará desde luego el talento, destreza, gracia, fluidez, viveza y profundidad de su autor. Pero habiendo yo procurado leer con mucha atencion sus disertaciones, y notas con ánimo de aprovecharme de ellas, desmayé luego á pocas hojas que leí, y no puedo dejar de decir, que cuanto habia admirado antes su paráfrasis, otro tanto iba extrañando las cosas que notaba en cada una de las páginas que leia. Es fina su crítica; pero llena al mismo tiempo de mordacidad: sus conocimientos en la antigüedad y lenguas originales son nada comunes; pero abusa de ellos á cada paso, hablando con poco decoro y respeto de los primeros Padres de la Iglesia, desacreditando con sus frecuentes y repetidos sarcasmos á los Intérpretes y Expositores mas beneméritos, corrigiendo los textos hebréo, griego y latino, y dando este último corregido en algunos lugares meramente á su arbitrio. Es abominable cierta afectacion, que se descubre haciendo continuo uso de los autores profanos, para comprobar el verdadero sentido del sagrado texto:

1 Sacy, dans la Préface des Psaumes.

lo cual seria tolerable, si contentándose con esto, no añadiera á cada paso, que le habia comunicado mayor luz aquel lugar, para entender lo que antes no entendia, que cuanto habia hallado escrito en todos los comentadores de la Biblia. Y últimamente me parece insufrible la satisfaccion con que generalmente corta y decide, dando á entender que para él solo estaban reservados los descubrimientos, que Dios ha negado aun á aquellos mismos que puso y quiso que fuesen mirados y respetados como las mayores y mas resplandecientes lumbreras de su Iglesia.

Seria cosa muy larga querer referir aquí todo lo que da luego en los ojos al que sin espíritu de preocupacion, ni de novedad leyere sus notas y disertaciones, que por otra parte no carecen de doctrina, y de erudicion no vulgar. Mas para que ninguno crea, que adelanto mas de lo justo contra el crédito de un autor, que ha arrastrado en pos de sí los aplausos generales, y por el contrario quede persuadido, que me quedo muy corto en todo lo que digo, pondré aquí solamente una proposicion suya, que suplirá por todas, y que ninguno podrá dejar de calificar de arrojada y temeraria. En las observaciones, que hace al versículo último del *Salmo* CXL da principio á ellas por las siguientes palabras, que traslado aquí con la mayor fidelidad del toscano. ***Este versículo***, dice, ***se ha rezado en el curso de cerca de veinte siglos, sin jamás entenderse.*** Y para que no quede duda de su asercion, al fin de dichas observaciones en donde decide ***tanquam ex tripode*** sobre el citado versículo, hasta entonces rezado sin que ninguno lo entendiese, se explica en los siguientes términos: ***Todo se ha copiado religiosamente;*** es decir, que estando escrito el dicho versículo en el Libro de aquel tiempo de este modo: ***Cadent in retiaculo peccatores, pariter singulariter, donec ego transeam; se habia copiado tal cual se leia con él. Y son cerca de veinte siglos, que la gente se vuelve loca inútilmente, buscando misterios sobre el*** pluraliter ***y*** singulariter, ***cuando la cosa estaba clara.*** En cerca de veinte siglos cada uno ve, por no empeñar mas la materia, que deben tambien entrar los Apóstoles y Discípulos del divino Maestro, á quienes el mismo Señor dió y comunicó luz, y despues recibieron la plenitud del Espíritu Santo, para entender el verdadero sentido de las Escrituras. Con que en fuerza de lo que resulta de dicha proposicion, habremos de decir, que cuando rezaban ó cantaban los Apóstoles este Salmo, lo hacian sin entender el sentido de su último versículo. Es cosa verdaderamente lastimosa, ver esta obra llena y obscurecida de estos y de otros lunares tan feos como este. En una palabra, hemos formado juicio, y creemos que se conformarán con él todos los que no estén preocupados á favor del grande talento y perspicacia del autor, que pueden ser muy peligrosas las notas y disertaciones, que preceden y acompañan á su paráfrasis, si no se leen con la mayor cautela. Nos ha parecido necesaria esta advertencia, y repetir en este lugar dos verdades capitales en la materia, que tratamos. La primera, que sin faltar á la religion no nos es lícito alterar la leccion de los textos sagrados, que tiene recibidos la Iglesia, y aprobados por el uso que hace de ellos. La segunda, que en la interpretacion de las santas Escrituras, no podemos abandonar el sentido, que nos presenta la tradicion constante de la Iglesia, depositada en los escritos de los santos Padres y Expositores católicos. De estas reglas ciertas é incontrastables nos parece se desviaron mucho dos célebres autores de nuestros tiempos, que son el citado Matthei, y el R. P. Houbigant, ambos de nuestra comunion católica, y de singular doctrina, y por lo mismo la lectura de sus obras nos parece mas peligrosa para los jóvenes incautos, y menos versados en las materias teológicas.

Por lo que hace á las notas, que van al pié de cada Salmo, hemos cuidado que sean las necesarias, como lo exige la gravedad de la materia, que en ellas se trata, atendiendo principalmente en ellas, á que quede mas claro el sentido literal, como el fundamento que es de todos los otros; porque es cosa indubitable, que descubierto este, se puede con mayor facilidad llegar á la inteligencia de las verdades, que muchas veces oculta la letra, y que es uno de los dones del Espíritu Santo, que concede sin la menor duda, como fruto de su fe y de su piedad, á los que en leerlas y entenderlas no se proponen otro objeto, que arreglar sus costumbres, purificar su corazon, y reconocer la divina voluntad para cumplirla. Con el mismo fin se añaden en las notas las lecciones que parecen variantes del texto hebréo, trasladadas á nuestro idioma en aquel sentido, que comunmente han dado á sus palabras los hombres mas doctos en el conocimiento del hebréo; pero que si bien se reflexionan y consideran, ó sirven para comunicar mayor luz al texto de la Vulgata, ó para darle mayor extension, apoyándose por diferentes caminos unas mismas verdades.

Y para conseguir mas de lleno estas utilidades, conviene advertir, que en todos los Salmos el sentido profético y alegórico suele ser el sentido *principal*, aunque va fundado en la misma letra. Pues no se ha de creer precisamente, que el autor de estos divinos cánticos habla en ellos, ó ya

en su propia persona, ó ya á nombre del pueblo Hebréo; sino que el que principalmente habla, ora, clama, bendice, alaba, es el mismo Jesucristo considerado segun sus diferentes cualidades: unas veces como Hijo de Dios, otras como revestido de la naturaleza humana; ya como Justo y Remunerador, ya como Redentor y Fiador por nuestros pecados; ya finalmente como Cabeza de la Iglesia segun los diversos estados que ella tiene; y tambien como Cabeza de cada uno de sus miembros, que son los fieles. Este Hombre, que habla en los Salmos, dice san Agustin [1], tiene la cabeza en el cielo, y tiene aun muchos de sus miembros sobre la tierra. Como él habla en todos los Salmos, ó cantando en ellos, ó gimiendo en ellos, ó alegrándose con la esperanza, ó suspirando por la posesion; todos nosotros debemos conocer su voz como que es la nuestra. Y el medio, añade el santo, es que cada uno de nosotros esté en el cuerpo de Jesucristo, y entonces será él mismo el que habla en el Salmo. Por esta union estrecha, la voz de Jesucristo es la nuestra, y recíprocamente nuestra voz es la de Jesucristo. Lo que se funda en aquella admirable doctrina de san Pablo [2]: *Todos vosotros juntos sois el cuerpo de Jesucristo, y cada uno de vosotros en particular es uno de sus miembros.* El Espíritu de Jesucristo es la vida de que vive este mismo cuerpo. Por tanto debemos reconocer en los Salmos todos los misterios de Jesucristo, que David anuncia como gran profeta del Señor, su vida, su predicacion, sus milagros, su doctrina, su pasion y muerte, con todo lo demás, que pertenece al Salvador y Redentor del linaje humano. Debemos asimismo reconocer en ellos la voz de la Iglesia universal, que comprende los fieles de todos los siglos, y de todas las partes del universo. Y finalmente la voz de cada fiel, que unido á este cuerpo como miembro suyo, participa las influencias de la Cabeza. ¡Cuántos misterios, cuántas verdades contiene esta doctrina! Ella es como la clave para entrar en los sentidos profundos de los sagrados Salmos.

Finalmente para mayor claridad se ha de tener presente, que san Jerónimo trasladó tres veces el Salterio. La primera version expresa el texto de los LXX Intérpretes, y se llama Salterio romano. La segunda la hizo conforme al original hebréo, para convencer á los Hebréos, disputando con ellos. Y la tercera la trabajó á ruegos del papa san Dámaso, y es la que usamos en nuestra Vulgata, y se llama Salterio galicano. Y esto es lo que principalmente tenia que advertir al lector piadoso, á quien ruego con las mayores veras, que quiera y sepa aprovecharse del incomparable fruto y bien, que indubitablemente experimentará, si con la humildad y preparacion debida se ocupare en leer, y meditar continuamente este divino Libro de los Salmos.

1 In Psalm. xlii, n. 1.

2 I Corinth. xii, 25.





LOS SALMOS.

SALMO I.

Salmo doctrinal. Los justos son dichosos; y los malos son infelices.

1. Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilentiæ non sedit:

2. [a] Sed in lege Domini voluntas ejus, et in lege ejus meditabitur die ac nocte.

3. [b] Et erit tanquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo:

Et folium ejus non defluet: et omnia quæcumque faciet, prosperabuntur.

4. Non sic impii, non sic: sed tanquam

1. Bienaventurado [1] el hombre, que no anduvo en consejo de impíos [2], y en camino de pecadores no se paró, y en cátedra de pestilencia [3] no se sentó:

2. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley medita [4] dia y noche.

3. Y será como el árbol, que está plantado á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto [5] en su tiempo:

Y su hoja no caerá [6]: y todo cuanto él hiciere irá en prosperidad [7].

4. No así los impíos, no así: sino como el ta-

1 Este Salmo se lee sin título en el Hebréo; porque segun la opinion que alega S. Jerónimo, es como una prefacion del Espíritu Santo á los Salmos. Pudo componerlo David, á quien lo atribuye la mayor parte de los Intérpretes, con ocasion de la derrota de Saúl.

2 Tres géneros de malos se distinguen en este versículo. Los que empiezan, oyendo los consejos y designios de los impíos: los pecadores que practican de propósito las obras malas, y siguen el camino de la perdicion: y los perversos que no solo están de asiento en el pecado, sino que inficionan á los demás con sus malos ejemplos y doctrina. Theodoreto.

3 MS. A. *De nusimiento.* El Hebréo ובמושב לצים, *y en asiento de escarnecedores* no se sentó. *Sentarse en asiento de escarnecedores*, ó de burladores, es un idiotismo hebréo, que significa *escarnecer ó burlarse*, desechando toda correccion y temor de los juicios rectos del Señor, y haciendo burla y chacota de sus misterios. Otros, *por sentarse en cátedra de pestilencia*, entienden, enseñar una doctrina perversa, corrompida, y *contagiosa*, como lo hacen los libertinos.

4 MS. A. *Mesura.* Los dos principios de la justicia son, evitar el mal, y practicar el bien. Y esto se logra poniendo toda la voluntad, y todo el pensamiento en guardar puntualmente la ley santa del Señor, amándola y meditándola dia y noche.

5 El fruto de sus buenas obras. Otros lo explican de la salud eterna, que es el fin de la fe del justo. I Petr. I, 9. *En su tiempo;* que es el de *su resurreccion.* S. Ambr.

6 Hay unos árboles que en el otoño pierden su hoja, y otros la conservan siempre verde. David compara al justo con estos últimos, diciendo, que con el riego de la divina gracia mantendrá él siempre su verdor, y se conservará fiel hasta el último aliento de su vida.

7 MS. 3. *Aprouese.*

a Josue, I, 8. — *b* Jerem. XVII, 8.